

RESSENYES

MACKAY, Ruth (2012)

The Baker Who Pretended to Be King of Portugal

Chicago / Londres: The University of Chicago Press, 300 p.

La noche del 7 de noviembre de 1577, un brillante cometa surcó los cielos de Lisboa. El astro fue visible durante dos meses y despertó toda suerte de miedos y conjeturas, en particular sobre el éxito de la campaña que el rey Sebastián I de Portugal estaba preparando para atacar Marruecos. Felipe II y la mayoría de sus consejeros habían intentado disuadirle: era una temeridad embarcarse en dicha aventura cuando no tenía herederos que asegurasen la sucesión al trono. Pero Don Sebastián lo tuvo aún más claro: los cielos le decían, inequívocamente: «Acometa, acometa» (p. 17).

Más le hubiera valido al aguerrido monarca escuchar los presagios de los agoreros. La batalla de Alcazarquivir, el 4 de agosto de 1578, se saldó con una estrepitosa derrota que condujo a la muerte o al cautiverio a buena parte de la nobleza portuguesa. Aquel día, el rey fue visto por última vez por sus compatriotas, aislado, rodeado de soldados enemigos, de los que intentaba defenderse espada en mano desde lo alto de su montura. Después, nada más se supo de él.

¿Nada? Se inició entonces el fenómeno del «sebastianismo». Por el reino corrían los rumores de que el rey estaba vivo, prisionero o cumpliendo un voto de silencio o una peregrinación a Tierra Santa que él

mismo se habría impuesto para penar sus culpas y que, llegado el día, había de presentarse a recuperar su cetro. Y, en 1584, apareció el primero de los varios sujetos que, en diversos momentos, reivindicarían ser el auténtico rey de Portugal.

Está claro que dichos personajes no gozaron de la simpatía de quien había acaudado asumiendo la Corona: el tío de Don Sebastián, Felipe II, que, al unir Portugal y su vasto imperio a sus demás reinos, se había convertido en el monarca más poderoso de la Tierra, en cuyos dominios nunca se ponía el sol. Su ascenso al trono implicaba también cierta sujeción de Portugal a las directrices de la Monarquía Hispánica, lo cual trastocó la secular independencia respecto al poderoso vecino castellano que sus instituciones habían mantenido celosamente. Sin embargo, los intentos de articular una nueva dinastía portuguesa en torno al prior de Crato, Don Antonio, fracasaron por la falta de un apoyo generalizado y por la presión de la poderosa maquinaria militar hispánica. Don Antonio acabó exiliándose en el extranjero, desde donde continuó reclamando su legitimidad.

La historiadora norteamericana Ruth Mackay, que ha dado ya sobradas muestras de su valía científica en otras obras sobre la

Castilla moderna, expone brillantemente esta sugestiva historia. En un primer acto, plantea claramente sus orígenes: la compleja personalidad de Don Sebastián, que se lanzó a una quimérica conquista para la que se sentía predestinado; la incompreensión entre él y su tío Don Felipe, manifiesta en el fracaso de las entrevistas que mantuvieron en el monasterio de Guadalupe; la desastrosa preparación y ejecución de la campaña en Marruecos; el breve reinado del anciano cardenal Don Enrique; las intrigas y los intereses en torno al prior de Crato, y sus vanos intentos por hacerse con el trono...

En un segundo acto, el foco se desplaza a la pequeña población de Madrigal de las Altas Torres, a medio camino entre Ávila y Medina del Campo, dieciséis años después de la batalla. Allí, en 1594, se comentaba que Don Sebastián había vuelto. Su credencial más importante, en una época en la que la memoria biográfica difícilmente podía sustentarse en imágenes, era que su prima, la monja agustina Doña Ana de Austria, hija de Don Juan de Austria y, por lo tanto, sobrina del mismísimo Felipe II, no sólo le había identificado, sino que hasta había prometido casarse con él. La justicia del rey cayó inmediatamente sobre ellos y se abrió un largo proceso en el que monjas, frailes, criados y habitantes de la villa fueron escrupulosamente interrogados, algunos varias veces. El blanco de todas las investigaciones, el falso Sebastián, era Gabriel de Espinosa, antiguo soldado, luego pastelero, que fue arrestado en Valladolid el 8 de octubre de 1594. Tras meses de agotadores interrogatorios, fue ejecutado el 1 de agosto de 1595.

Desde entonces, el caso del «pastelero de Madrigal» ha sido visto como una anécdota divertida y extravagante que, como mucho, serviría para mostrar la ingenua credulidad de los rústicos campesinos castellanos del siglo XVI. De ahí la importancia de la minuciosa investigación de Ruth Mackay, que restituye todo lo que este fascinante suceso puede decirnos sobre su época.

En primer lugar, la autora pone al descubierto las implicaciones políticas: Felipe

II y sus jueces consideraron muy seriamente que en Madrigal se había fraguado una conspiración cuya finalidad era instaurar una dinastía portuguesa, para lo cual era necesario previamente quebrar la soberanía de los Habsburgo sobre Portugal. El momento no podía ser más propicio, porque ya se veía cercana la muerte de Felipe II y, en 1593, el archiduque Alberto de Austria había abandonado el virreinato de Portugal. El reino quedaba a cargo de gobernadores, lo que trastocaba las relaciones privilegiadas que las élites portuguesas querían mantener con la Corona. Mientras, en una Castilla que acusaba signos claros de crisis, profetas, visionarios y arbitristas criticaban la política del monarca. Los investigadores no sólo recurrieron a todos los medios a su alcance (antiguos retratos, viejos testimonios, extenuantes procedimientos y torturas, etc.) para establecer que Espinosa era un farsante, sino que también consideraron muy seriamente la hipótesis de que fuera el prior de Crato quien estaba moviendo los hilos o incluso, y esto nunca quedó claro, que el propio Don Antonio se hubiera entrevistado con Espinosa para planear toda la impostura. Las posibilidades, contempladas a lo largo del proceso, de que Antonio Pérez o Enrique IV estuviesen detrás de la trama, o de que Ana de Austria hubiese tenido una niña, lo que implicaría una descendencia regia alternativa a la legítima, alarmaron especialmente a Felipe II, que seguía con mucha atención el proceso: leía y anotaba las actas de los interrogatorios, cursaba órdenes a los jueces y hasta llegó a decidir qué reos debían ser sometidos a tortura.

En segundo lugar, sorprende el entramado de relaciones sociales que se había establecido en torno a la humilde villa de Madrigal, cuyo vértice fue sin duda el convento de monjas agustinas de Nuestra Señora de Gracia la Real. Particularmente importante fue el papel del bajo clero portugués, que si ya en la década de 1580 se había manifestado muy numerosamente a favor de Don Antonio, en 1594 trabajaba

activamente contra el dominio hispánico. De hecho, para los jueces, quien realmente urdió todo el complot fue el agustino portugués Miguel de los Santos, antiguo provincial de la orden encarcelado por su apoyo a Don Antonio, a quien sus superiores acabaron por enviar a Castilla. Pero resultó que fray Miguel contaba con una sorprendente red de complicidades, tanto entre los agustinos —donde, ciertamente, también tenía enemigos que le odiaban cordialmente—, como en otras órdenes y, asimismo, en diversos sectores sociales. ¿Qué pensar cuando se sabe que, durante su cautiverio en Medina del Campo, Espinosa abandonó su celda en el castillo de La Mota para ir a cenar junto con su juez en casa del acaudalado Simón Ruiz? (p. 129).

En fin, la historia reconstruida por la autora nos habla de la vida cotidiana de la península en el siglo XVI: cómo circulaban las noticias, cómo se podía distinguir —si es que se podía— las veraces de las mendaces, cómo persistía o se deformaba la memoria, etc. Bajo su pluma, aparece una Europa inundada de cartas y de relaciones de avisos, de «ruidos» persistentes sobre tal o cual persona, sobre tal o cual suceso, noticias que luego frailes, vagabundos, espías, desertores y viajeros difundían por donde pasaban. Además, el Sebastianismo es puesto en relación con distintas formas de mesianismo, con los diferentes «encubiertos», como el aparecido

tras las Germanías en Valencia, y con lugares comunes como el del rey disfrazado de plebeyo entre sus súbditos, tan popular en aquella época.

Ruth Mackay ha examinado concienzudamente no sólo los legajos del proceso judicial y las crónicas o las relaciones que ya entonces se publicaron, sino también un sinfín de documentos relacionados con él, en particular la correspondencia entre Felipe II y sus más próximos consejeros (Don Cristóbal de Moura y Don Juan de Silva, en primer lugar) en la corte y en Lisboa. Con un estilo vibrante, nos sumerge en una intriga detectivesca, en la que casi nadie es quien dice ser, por cuyas páginas resuenan los ecos del Martín Guerre de Natalie Zemon Davis o de la Lucrecia de León de Richard Kagan. No obstante, historiadora rigurosa, Ruth MacKay no se deja ir más allá de lo que sus fuentes le permiten: dice lo que se puede saber a ciencia cierta y lo que quedó (¿para siempre?) bajo la sombra de la duda, incluso para los meticulosos —y a veces sádicos— oficiales enviados por Felipe II. Pero diversos hechos parecen probados y, entre ellos —todos los testimonios concuerdan—, que Gabriel de Espinosa era un pésimo pastelero. ¿Hubiera sido un buen rey?

Ignasi Fernández Terricabras
Universitat Autònoma de Barcelona



CARDIM, Pedro y PALOS, Joan-Lluís (eds.) (2012)
El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal
Madrid: Iberoamericana, 472 p.

Hay una metáfora que se repite en *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*. Solórzano Pereira (fl. 1648) afirma que el Sol es el monarca y la Luna, el virrey, y cuanto más lejos está aquel, más brillante se hace esta. La distancia de las conquistas no permite la presencia del soberano, quien tiene que delegar sus funciones

para agilizar las medidas gubernativas: el virrey debe encarnarse en el monarca o hacerse prácticamente idéntico a él a todos los niveles. Este desdoblamiento, que nunca llega a consumarse completamente, también plantea algunas preguntas a propósito de su dimensión jurídica. Si el virrey se integra en la jurisdicción delegada, entonces está supe-